5018

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

GENTE DE MAR

ZARZUELA

en un acto y tres cuadros, en prosa y verso

ORIGINAL DE

PEDRO SAÑUDO AUTRAN

MÚSICA DEL MAESTRO

ALBERTO COTÓ

ESTRENADA EN EL TEATRO ELDORADO DE BARCELONA
EN LA NOCHE DEL 22 DE MAYO DE 1903

BARCELONA
Tip. y Lit. de Agustín Martínez.—Calle Molas, 20
1903

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

GENTE DE MAR

ZARZUELA

en un acto y tres cuadros, en prosa y verso

ORIGINAL DE

PEDRO SAÑUDO AUTRAN

MÚSICA DEL MAESTRO

ALBERTO COTÓ

ESTRENADA EN EL TEATRO ELDORADO DE BARCELONA
EN LA NOCHE DEL 22 DE MAYO DE 1903

LIBROS Y COMEDIAS
LUIS MILLÁ
S. Pablo 21
BARCELONA

BARCELONA
Tip. y Lit. de Agustín Martínez.—Calle Molas, 20
1903

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción,

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A su querido amigo el Sr. D. Antonio Saenz de Zumaran, Cónsul del Uruguay en Barcelona.

El Autor

257097

REPARTO

Personajes		Actores
EULALIA . . .	20 años	*Srta. Martí.*
ROSITA . . .	60 »	*Sra. (I) Alba.*
SILVESTRE . .	30 »	*Sr. Alba.*
ROBUSTIANO , .	56 »	» *Miró.*
JUAN PEDRO . .	25 »	» *Martínez.*
JAIME * . . .	64 »	» *Caba.*
EL SR. RAMÓN .	64 »	» *Gordillo.*
ANTONIO . . .	22 »	» *Rebés.*
TIBURCIO . . .		» *Peral.*
EL MORENET. .	25 »	» *Guerra.*
UN CALAFATE		» *López.*
SINFOROSO		» *Guasch.*
ANASTASIO		» *Revull.*

Marineros, pescadores, bailarinas.

La acción en el barrio marítimo de la Barceloneta (Barcelona) durante la octava del Corpus.

(*) Por enfermedad repentina del primer actor y Director de la Compañía de D. Enrique Gil, el mismo día del estreno, tuvo que encargarse del papel *Jaime* el Sr. Caba y del de éste el Sr. Revés, después de haberse anunciado en los carteles el nombre de aquel artista que fué quien puso la obra en escena,

ACTO ÚNICO

Cuadro primero

ESCENA I

La escena representa una calle

ROBUSTIANO, SINFOROSO, TIBURCIO y ANASTASIO

ROB. Nada, nada, que daremos golpe.

SINF. Con tal de que no lo recibamos nosotros.

ROB. Ya veréis. Porque yo tengo mucho sentido y mucha prosaparapella para todo.

ANAS. ¡Vaya un tío! ¡lo que sabe!

ROB. Lo mismo envuelvo en un papel un puñao de especies que hago una fiesta cualesequiera y envuelvo al más listo en dirigir adornos, pongo por caso, ó levantar un entoldado donde baile que se las pele el elemento juvenil de ambos sesos.

ANAS. Bravo, bravo.

TIB. Ande el movimiento. (Con voz desentonada)

ROB. Ya me dejaréis levantar en mi honor un arco de paja, frente á mi tienda.

SINF. De toda la paja que quieras.

ANAS. Nada más natural.

TODOS. Aprobado.

ROB. Y poner un gran rótulo que diga: «mis comestibles son los menos adulterados de Barcelona».

TODOS. Sí, si.

ROB. Gracias, señores; yo en cambio echaré el

resto; pienso obsequiar á los Barcelonetenses con todas las existencias que me quedaron sobrantes cuando abrí el establecimiento, hace veinte años.

SINF. Eso es rumbo.

ROB. Les voy á dar un atracón... de conservas.

ANAS. (Aparte) Y ganancia á los médicos y á los boticarios.

SINF. ¿Y de lo demás qué?

ROB. Un derroche de colores, de acetileno, de azúcar, de agua, de mucha agua, de esa de lujo, con pedazos de hielo.

ANAS. ¿Sabes lo que te digo Robustiano? que me temo que se vaya á aguar la fiesta con tanta agua.

ROB. Narices.

ANAS. Oye, tú, chato.

ROB. Gracias. Pues ya verán ustedes el programa del baile: «El Morrongo.» «La Morronga»

TIB. ¿La Morronga?

ROB. Hombre, sí, la Bella Belen.

TIB. Ande el moviento.

ROB. «El Automóvil Mamá». (Tarareando) «Los lunares del rostro... y de otras partes.» «Valses rodados.

SINF. ¿Rodados?

ANAS. Sí, por los batacazos y... (Con intención) otras caídas.

ROB. Y una americana.

SINF. ¿Cuál de ellas?

ROB. Digo que una americana á todo pasto completará el menué de la soirée. (Mal pronunciado)

SINF. Chico, chico, eso va á ser la mar.

ROB. De eso trato, de que haya la mar de movimiento y ya veremos luego quién resiste el mareo.

TIB. Ande el movimiento. (Desentonando más cada vez)

SINF. Tú si que eres un ultra... marino de los que no se ahogan en poca agua.

ROB. Y que lo digas, Sinforoso. Mañana salen los predióricos todos, hablando de lo grande que soy. No cabré en las colunas.

ANAS. Lo que tú merecías era que te ataran á unas de mármol y te dieran azotes.

ROB. ¡Ah! se me olvidaba; en el intermedio, Silvestre amenizará la fiesta, dándose cuatro

RBC
NcU

gorgoritos de esos que solía dar Manuel antes de cantar *La Africana*.

SINF. Bien, muy bien.

TIB. Ande el movimiento. (Con voz ridícula)

ROB. Y mira, ni llamado apropósito; ahí tenéis al artista. (mirando hacia la derecha del actor)

TODOS. Ja, ja.

ANAS. Sí que es verdad que viene; ¡y qué acompañamiento trae!

ROB. De salvajes; los de su ópera favorita.

ESCENA II

Dichos y SILVESTRE, seguido de unos cuantos pilluelos y Coro general de pescadores y gente del pueblo.

Música

SILVESTRE, Coro general.

SILV. Yo soy un gran tenor
yo valgo más que Utor;
yo soy un ruiseñor
que canto con primor.
El mío Paraíso
y no me ganarán
en ser todo lo Adan
que pueda ser preciso.
Larín, larín, larán
larín, larín, larán.

CORO. Larín, larín, larán
larín, larín, larán.
El es un gran tenor
cantante superior
y puesto que él lo dice
también es un Adán.

SILV. Tesoro es mi garganta
difícil de apreciar;
ningún cristal aguanta
entero mi cantar.
Yo soy el gran coloso
de toda la ciudad;
yo soy el portentoso
tenor de actualidad.
Oid, oid, oid:

CORO. Jesús que asombro, ¡ah!

SILV. Veréis en el teatro
cual me ovacionarán.
Señores, escuchad.
CORO. Jesús qué asombro, ¡ah!
SILV. Yo soy un gran tenor, etc., etc.

Hablado

SINF. ¡Sublime!
ANAS. ¡Piramidal!
ROB. ¡Admirable!
SILV. Gracias, amados convecinos. Desde que tuvísteis la honra de oír mi voz por estos alrededores, que ya sabéis lo que teneis, los que me enaltecéis y me ponéis... en el lugar que yo merezco.
SINF. Eso mismo.
TIB. Ande el movimiento. (Siempre desentonando)
SILV. (Dirigiéndose á Robustiano) Y aunque tú lleves la voz cantante en lo de festejos y comisiones, yo seré siempre el que este más en voz de todos. Y ahora voy á cantar...
ROB. No, basta.
SILV. Digo que ahora voy á cantar las verdades. Sepan ustedes que yo les daré cuarenta millones de veces más gloria que toda la de Utor junta. ¡Convecinos! miradme con orgullo. Tenéis delante al *mónstruo* de este barrio.
SINF. Sí, pues soy tu empresario; te exhibo á perro chico en una barraca y partiremos la diferencia.
SILV. *Irnorante.* Al mónstruo del canto, al hijo de estas playas, al émulo de Gayarre.
(Desabrochándose la americana y echándose atrás)
ANAS. ¿Eh? (Marcado)
ROB. Mulo. (Muy marcado)
ANAS. ¡Canastos!...
ROB. ¿Y qué vas á cantar en *La Vespertina Marisca?*
SINF. La palinodia.
SILV. El borré morir.
ROB. ¿El borrego muerto?
ANAS. Admirable.
ROB. Ya te estoy viendo poner los ojos de carnero degollado.

SINF. Y morirse por tus pedazos las doncellas.
SILV. ¡Quién sabe!
SINF. Sobre todo la hermanita de Riudebots... de sesenta Abriles.
ROB. Y pico.
SILV. Lo que no se puede tener es un pico como el mío, tan de oro.
SINF. Tú si que eres de oro.
ROB. Pues harás mucho con el canto, pero ya te darías con uno en el pecho si percibieras las ganancias que me da el peso.
SILV. Como que siempre he dicho que eras hombre de peso.
SINF. Corrido. (Con intención)
ROB. ¿Eh?
SINF. Digo... que eres corrido.
ROB. Regular... Oh Silvestre, tú serás la apoteosis solfática de nuestra fiesta estival y noturna ¡la estrella del baile.
SINF. Qué baile.
TIB. Ande el movimiento.
SILV. Gracias, querido Robustiano; tú comprendes el arte, el bacalao, los garbanzos y las féculas comestibles y bebestibles.
ROB. Eres un Goliato musical que ni Paminondas.
SILV. Tú y yo, Robustiano, nos damos la mano.
ROB. (Se la da) Bueno.
SILV. El mundo es mío.
ROB. Ya te contentarías con una maleta, aunque sólo tuviese una muda dentro.
SILV. Viva la unión ultramarina y musical.
TODOS. Viva.

(Vanse cogidos del brazo Robustiano y Silvestre, seguidos de los vecinos y vecinas del barrio, procesionalmente, cantando el motivo del número de música de esta escena.)

ESCENA III

JAIME y el SR. RAMON

RAM. Hola Jaime.
JAI. A tu casa iba.
RAM. Te llevarían por allí los vientos de siempre. Turbonada tendremos.
JAI. Pudiera ser.

RAM. Ya me lo temía. ¡Vaya una terquedad inútil! Pierdes el tiempo.

JAI. Lo que yo estoy perdiendo es la brújula.

RAM. Pues ya sabes lo que te toca entonces; naufragar.

JAI. Lo veremos.

RAM. Eres la Providencia para hacer un milagro.

JAI. Soy quien soy; ya lo sabes tú.

RAM. A mí, ni que fueras el Capitán del Puerto en persona.

JAI. Imposible parece que no vibre en tu corazón ni una sola fibra.

RAM. ¡Jaime!...

JAI. Ni una. Juan Pedro...

RAM. No prosigas. Juan Pedro quiere á todo trance dejar la pesca de los mares para dedicarse á la de la tierra; vivir á mi costa para no parecer más con su barca por estas costas; y por otra parte te advierto que cumple á mi deseo, que se case Eulalia con Riudebots; y no hay más. Nadie me hace volver de este antojo, aunque sea Jaime.

JAI. Quieres acaparar todo el negocio con la unión de tu casa y la suya; los dos talleres principales del barrio. Pierdes el juicio y torturas dos almas, á trueque de una razón social que cuadra á tus ambiciones, las que te han llevado siempre á lo malo; sí, á la rapiña, á la rapiña; sí, al robo, al robo; sí, al asesinato, al asesinato.

RAM. ¡Jaime!

JAI. No hay Jaime que valga. El día en que salimos de Barcelona, embarcados como grumetes en la goleta *Trinidad,* nunca me hubiera imaginado que fueras capaz de tantas maldades y de tantos cinismos.

RAM. Estoy harto de insultos.

JAI. Y yo de habérmelas con la insensatez de tus egoismos. Cuando en aquel día de nuestro primer viaje te ví asomar lágrimas á los ojos tuve una singular alegria. Juntos nos habíamos criado en la playa; te profesaba afecto, y aquella muestra de sensibilidad me aseguraba de algún impulso bueno de tu alma... ¡Cuánto me equivoqué!

RAM. ¡Jaime!

JAI. Me acordaré como si lo viera del cuadro que se me presentó en aquel memorable día.

RAM. Yo también me acuerdo.

JAI. ¡Qué espectáculo más hermoso! Apiñada multitud en el muelle abriendo paso á los bravos que se embarcaban para Africa. (Marcándolo distinta y claramente) Madres que lloraban por el hijo que se les iba, pero que sentían noble orgullo al verlos aclamados y agasajados; padres que estimulaban á los que habían de honrar su apellido en lejanas tierras; amigos que estrechaban las manos de sus paisanos, (Con entusiasmo) las que habían de castigar á los moros en Castillejos y en Tetuán; mujeres que despedían al sér amado, dándoles el aliento de sus amores, de su corazón que palpitaba por ellos y que tras de ellos se iba; millares de botes que rodeaban el barco que en breve surcaría el mar con aquel puñado de héroes. Las barretinas coronando aquellas cabezas dignas de las que se vieron en Gerona y el Bruch. (Con aliento) La bandera del batallón flameando en los aires como anunciando alegremente gloriosas victorias; el himno de la Patria resonando por todas partes en los vivas de cuantos presenciaban la escena; (Cada vez más levantado hasta el final) un sol hermoso envidiando el brillo de la jornada, pálido y sin luz, y sin brillo ante aquel rutilante cuadro, de luz tan hermosa y de fuego tan ardiente y tan puro.

RAM. Sí que es verdad Jaime, puro y grande; muy grande. (Conmovido)

JAI. ¿Te acuerdas de lo mucho que nosotros sufrimos por no formar parte del batallón?

RAM. Eramos unos chicos.

JAI. Ya lo creo. ¡Qué envidia la que nos causaron los voluntarios cuando levó las anclas el buque, llevándose con aquellos símbolos de las esperanzas, la inmortalidad de los que se iban para no volver más en su mayor parte... (Con pesar)

RAM. Pero ellos...

JAI. ¡Mil veces dichosos! Mira los años que han pasado; pues pregúntale á cualquiera por

ellos; jóvenes, viejos, doncellas, niños; todos te dirán que los ven en el pensamiento; que les tienen levantado un altar en su pecho.

RAM. Nosotros...

JAI. Nosotros no tuvimos más gloria que la de besar sus frentes con la mirada.

(Con mucho acento dramático)

RAM. Sí, sí.

JAI. Me parece que como entonces, al recuerdo de esas grandezas tu alma quiere elevarse. Un impulso de justicia tan solo; un arranque de sentimiento; Ramón cede, cede por Dios; haz la dicha de Eulalia.

RAM. Con Riudebots.

JAI. Eso no es posible.

RAM. Con nadie más, ¿te enteras? y esa es mi última palabra.

JAI. Pues oye la mía. Aquel papel teñido en la sangre de tu víctima, obra en mi poder y es la prueba de un asesinato y un robo.

RAM. ¿Y qué?

JAI. O tu hija para Juan Pedro ó ese papel para la justicia; escoge.

RAM. Ya lo he dicho.

JAI. Corriente.

RAM. (Al irse) ¿Amenazas á Riudebots?

JAI. Vendrás á mí; te lo aseguro.

(Vase por el lado opuesto al del Sr. Ramón)

ESCENA IV

ROSITA, mirando atrás con recelo; entra por la derecha del actor.

ROS. ¡Jesús y que moscones! No puede una mocita salir sola por esas calles. (Al público) Pues sí, señores; donde ustedes me ven, tengo una pasión de ánimo que me ha vuelto loca y que me ha dejado más aplastada que un bacalao seco, pongo por caso. ¡Ay amor, cómo me has puesto! cómo me has puesto de ojerosa. Silvestre, ha sido para mí, vamos igualmente que un sireno encantado. Lo escuché una mañana, lo ví con una mer-

luza... en la mano y ni visto ni oído; me enamoré de sus voces y de su estampa. Aquellas melenas; aquel trage de artista; aquellos ojos que pone en blanco cuando canta; aquel andar de Apolo citoreo; aquel cutis tan fino, tan oscurito, tan sandungue ro. ¡Oh qué seductor, qué interesante, qué bello!

Es bonito sin aliño
adorable y atrayente
con la sencillez de un niño
y un corazón inocente.

Un hombre así no puede desafinar en su vida; ni aunque se case y ponga el grito en el cielo. Si yo lograse rendirlo... He procurado presentarme ante él engalanada con este trage, que me parece que le saltará á la vista. (Cantoneándose) Estoy emocionada como cándida gabiota que revolotea en los mares, alrededor de la nave rauda y linda que persigue en sus vuelos. (Al público) Y aprovecho la ocasión, caballeros. (Marcando las erres) Rosita Riudebots Riudevalls, joven, adinerada y agraciada, se ofrece á ustedes, como soltera y como capullo... digo... como Rosa.

ESCENA V

ROSITA, SILVESTRE y ROBUSTIANO

ROS. Amor mío.

ROB. ¿Pero eso es conmigo?

ROS. Ay que compromiso, Dios Santo; Robustiano, Silvestre; *que tenéis madre.*

SILV. Y muy mala sombra.

ROB, Ahí te quedas con ella. (Empujándolo hacia Rosita)

SILV. ¡Robustiano!...

ROB. Que aproveche.

SILV. Robustiano, no me dejes solo en tan duro trance.

ROB. Los artistas deben tener mucha alma; Silvestre, pelillos á la mar... ¡Qué demonio! (Vase riéndose)

SILV. Dios mío, morir tan *jovine;* porque yo me

muero del susto si se me acerca ese mamarracho. (Señalando á Rosita)

Música

ROS. Pajarillo precioso (Rosita persiguiendo á Silvestre)
que tienes un pico
tan rico, tan rico
por Dios ven á mí;
que tus trinos me tienen
loquita, loquita, loquita
que me hacen tilin.

SILV. No te acerques (Huyendo de Rosita)
que vas á ensuciarte
que vas á mancharte
de grasa y carbón.

ROS. Ay Silvestre, Silvestre, Silvestre
(Persiguiéndolo en actitud dramática)
Silvestre, Silvestre,
de mi corazón.
Mira niño mío
que por tí me muero
mira que te quiero
con ardiente afán;
mira que me tienes
muy trastornadita
que el sueño me quita
tu graciosa faz.

SILV. Yo lo siento mucho
desilusionarte
más me debo al arte
no me debo á tí.
Busca otro mancebo
más desocupado
yo estoy destinado
á más alto fin.

ROS. Que pena más grande. (Deteniéndose)

SILV. Nada hay que me ablande

ROS. Me voy á morir.

SILV. Vaya un desvarío
que tiene esta anciana
de que buena gana
le hiciera un chichón.

ROS. Ay Silvestre mío
(Yendo hacia Silvestre y éste huyendo)
ay dueño adorado

contigo he soñado
tú serás mi amor:
Mírame despacio
con mis labios rojos
con mis bellos ojos
clavados en tí.
Fíjate Silvestre (Haciendo posturas)
en esta figura
mira que cintura
que talle gentil.
Atrévete, anda
ánimo muchacho.

SILV. Vaya un mamarracho
¡Jesús que moscon!

ROS. No seas ingrato.

SILV. Ya estoy aburrido.
Buena me ha caído.

ROS. Oye por favor
jaula de oro fino
te ofrezco jilguero
donde prisionero
te tenga mi amor.

Hablado

SILV. Señora, yo ya procuraría...

ROS. Señorita. (Muy molesta)

SILV. Bueno eso; yo ya procuraría darle á usted gusto en lo del amor y otras tonterías, pero no tengo tiempo para nada; y en mi corazón, ya lo sabe usté, (Con enfasis) no cabe más amor que el amor al arte; (Transición) antes se lo dije cantando para que lo oyera mejor.

ROS. Ingrato. Y así, á una débil mujer, la dejas compuesta (Mirándose el trage) y sin novio.

SILV. Y á usté, quién le manda hacer esas cosas.

ROS. Te envidiarían las mujeres al verte pasar conmigo por calles y plazas; serías rico; llevarías perlas y diamantes y hasta camisa limpia en los días de fiesta.
(Con arranque dramático)

SILV. Apártate, no me tientes con eso de la camisa limpia, que la mía no me llega al cuerpo; huye pálida Rosa.

ROS. Contigo, sí.

SILV. Zapateta.

ROS. ¿Qué dices?

SILV. Que todavía no me he vuelto loco; que las empresas de teatros me darán cuantas perlas y brillantes y camisas me pueda usté proporcionar; que abriré la boca y vengan billetes de Banco y billetes amorosos de princesas y millonarias; que abriré la mano y no podré dar abasto á tanta conquista; que abriré los ojos y no veré más que esplendores por todas partes; con que abur y á ponerse buena de ese terrible mal de amores que usted padece.

ROS. Permita el cielo, desdeñoso canario...

SILV. ¡Canario!

ROS. Que te den una pita el día que debutes; que te arrojen patatas y otras materias combustibles y que no te las puedas comer por estar podridas.

SILV. Basta, basta, fatídico nuncio de terribles desastres.

ROS. Ah, pero entonces y ojalá esto suceda.

SILV. ¡Demonio!

ROS. Si á mi vienes... te abriré mis brazos, enjugaré tus lágrimas, te curaré las lesiones que tengas; te daré mi mano.

SILV. Hasta nunca. (Vase)

ROS. Ay, si viniera algún desconocido, me desmayaría en sus brazos.

ESCENA VI

ROSITA y JAIME

ROS. Que voy á desmayarme, aguánteme usted. (Dirigiéndose á Jaime)

JAI. Arre allá.

ROS. Grosero.

JAI. Bah, bah, pasemos á otra cosa. ¿Ha visto usted por aquí á Juau Pedro?

ROS. A ese pescadorcillo que aspira á casarse con la futura de mi hermano. (Con desprecio)

JAI. A ese pescadorcito de cuerpo entero, á quien como á todos los mozos no ha dejado usted en paz desde que la vistieron de largo; con que me parece que es fecha.

ROS. ¡Insolente!

JAI. Vaya que no estoy para bromas. Deje usted tranquilo á Juan Pedro, que desde la muerte de su padre no tiene más familia que yo, y lo quiero igualmente que si fuera hijo mío y vale más que todos los mozos juntos del barrio. Y que se casará con Eulalia.

ROS. Que no se olvide usted de convidarme á la boda, ja, ja.

JAI. Lo que será difícil es que asista yo á la de usted.

ROS. Ay; ya no puedo más. (Vase)

JAI. Largo, largo.

ESCENA VII

JAIME y JUAN PEDRO

(Rosita al irse á Juan Pedro) Ahí tiene usted á su papaíto, ja, ja. (Vase)

J. PED. Mascarón de proa.

JAI. Foca.

J. PED. ¿Qué ha dicho el Sr. Ramón?

JAI. No hay esperanza posible
se muestra duro, inflexible;
tiene yerto el corazón.
El dice que lo que vale
son los botes que construye
y más razones no arguye
y siempre con eso sale;
que jamás un pescador
podrá tener su dinero,
que no eres más que un botero;
un pobre trabajador;
que nada contigo quiere,
que la chica no ha de ser
mientras viva tu mujer
que antes muerta la prefiere.
No lo pude convencer;
inútil fué mi porfía;
en su cara se leía
lo mezquino de su sér.
No sabe lo que se dice,
pero le sobra intención

y es taimado y es bribón
y sólo de tí maldice.
Pero yo de cualquier modo
por nada del mundo cejo
ni lo dejo, ni te dejo,
juego el todo por el todo.

J. Ped. De manera que ese hombre
sólo á su fortuna atento
no tiene más sentimiento
que el oro que le da nombre
y piensa, torpe pensar,
que tienen sólo valer
los botes que en su taller
se pueden confeccionar;
La embarcación terminada
la cobra cómodamente
le paga á su pobre gente
con algo; casi con nada,
y sin fatiga ni pena
contempla desde una silla
cómo se pone una quilla
y su bolsillo se llena.
Pongo más en la partida
yo trabajar y sufrir
y para poder vivir
tener que arriesgar la vida.
Salimos; ya navegamos.
¡Afuera! ¡siempre adelante!
Las anchas ondas surcamos
atrás la tierra dejamos
y atrás el recuerdo amante.
Lluvia, tempestad y frío;
la barca en los mares sola;
todo en derredor sombrío
y con titánico brío
haciendo frente á la ola.
Desesperada agonía;
el tiempo que no abonanza;
lejano, el cercano día;
la mar rugiendo bravía
y puesta en Dios la esperanza.
La tempestad va amainando
y se abre paso la quilla
y con aliento remando.
el bote se va acercando
penosamente á la orilla.

Y ya el peligro pasado,
¡qué hermoso ver de la Aurora
el dulce tinte rosado
en el agua reflejado
que lo matiza y lo dora!
¡Con qué infinito placer
mira la gente de mar
cuando creyó no volver
la gloria resplandecer
que brilla pura en su hogar!

JAI. Venturoso el que lo tiene
y qué infeliz, hijo mío,
el que lo encuentra vacío
cuando del trabajo viene.

J. PED. Por él dispuesto á luchar
á casa de Eulalia iré
y con su padre hablaré.

JAI. No ha de quererte escuchar.

J. PED. Pues yo voy de cualquier suerte
y juro que no ha de ser.
Jaime, sin esa mujer
buscara en el mar la muerte.

JAI. Inútil será tu anhelo,
todo á su altura se estrella. (Con gran aliento)

J. PED. Mucho más alta está ella
y la alcancé siendo un cielo.

(Vase precipitadamente por la derecha del actor. Jaime lo sigue)

Telón

Cuadro segundo

Casa de artesanos bien acomodados. Una puerta en el fondo y dos laterales.

ESCENA I

EULALIA y el SR. RAMÓN

RAM. Nada, ya lo sabes; no tienes que alimentar esperanza alguna; te casarás con Riudebots

EUL. Pero, padre...

RAM. Es cosa resuelta. Olvídate de Juan Pedro; ya le he dicho á Jaime que es todo inútil; no le han valido ni sus amenazas siquiera.

EUL. ¿Amenazas?

RAM. Sí, nada; no te importa saberlo. Calumnias; falso; estoy tranquilo; no ha de poder conmigo.

EUL. Padre mío, qué palabras son esas. ¿Usted?... ¡Dios santo! Qué está usted diciendo que no quiero comprender y tanto daño me hace.

RAM. Nada, ¿pero yo he dicho algo? Eulalia, no hablemos más de eso. Repetidas veces te he dicho que no has de verte unida á ese hombre.

EUL. ¿Pero tan indigno lo encuentra usted?

RAM. Lo tengo como un obstáculo á mis planes; como un dique á mi voluntad y yo soy un torrente que destroza los muros que se le oponen, por duros que sean.

EUL. Juan Pedro es mi vida.

RAM. Pues quédate sin ella; pero es preciso. Vaya no insistas; no has de hablandarme. Abur. Voy á decirle á Riudebots que puede disponer de tu mano. Cuanto antes mejor.

EUL. Si á la fuerza se la da usted, sí; dispondrá de mi mano; de ella sólo; pero mientras aliente, mi corazón, mi alma será de Juan Pedro. Téngalo usted presente.

RAM. Hasta luego. (Con indiferencia)

ESCENA II

EULALIA

EUL. Nadie tan desgraciada como yo. (Con pesar) Pierdo á mi madre y con ella todo cariño de ternura. Se me cierran las puertas de la dicha en el mundo que la fortuna de mi padre no acierta á abrirme; me hace vislumbrar un hombre en la noche de mi existencia el día de mi bienestar en el mundo; me ama con delirio, adoro en él cuanto me puede ser grato y risueño, y no es una rival la que me lo quita, sino quien debiera ofrecerme alhagos, cariños felicidades; es mi padre, mi propio padre, quien me lo niega sin más razón que la conveniencia de su egoismo. ¿Y he de sacrificarlo todo, Dios mío?

ESCENA III

EULALIA, JAIME por el foro

EUL. ¡Jaime! (Con alegria)

JAI. No llores hija mía. Aun puedo luchar por vuestra felicidad en el mundo. ¿Ha venido Juan Pedro?

EUL. ¿Aquí?

JAI. Tal propósiio tiene.

EUL. Haga usted que desista de tal empeño.

JAI. Está resuelto. Le dí cuenta de mi entrevista con tu padre; le dije que se aferraba en oponerse y me dijo que iba á venir á todo trance, para verle, para decirle... qué sé yo.

EUL. Mi padre se muestra más intransigente que nunca, y por cierto que me habló de unas amenazas de usted; tal vez denuncias; me lo imaginé; se traslucía en sus palabras. Que no corra peligro mi padre. Yo mil veces, antes que él; no sería dichosa á costa de su desdicha; de algo que lo deshonrara, que lo hiciera sufrir. Por Dios Jaime; por el cariño que me profesáis; nunca, nunca; eso no.

JAI. Mentira parece que un hombre tan malo,

haya engendrado á un ángel tan bueno. Ven á mis brazos. (Abraza á Eulalia)

EUL. ¡Jaime! (Llorando)

JAI. Vaya, vaya, que esta chiquilla concluiría por hacerme llorar á mí también. Voy á impedir que venga Juan Pedro.

EUL. ¡Jaime!

JAI. Tranquilízate. No correrá peligro tu padre. (Vase Jaime por el foro)

EUL. Gracias Jaime. (¡Que no venga Juan Pedro, Dios Santo! ¡que no se encuentren!) (Vase á sus habitaciones puerta lateral, derecha del actor)

ESCENA IV

SR. RAMÓN por el foro

RAM. No estaba Riudebots en su casa. Ese demonio de Jaime. Bah. Me río de cuanto pueda hacer contra mí. (Con cinismo) ¿Sus pruebas?... Con efecto las tiene grandes. Los papeles del señor López...¡Ya los cambiaré por otros del Banco. ¿Eh, qué es eso? (Al oir á Antonio y á los que lo acompañan)

ESCENA V

SR. RAMÓN, ROBUSTIANO, SILVESTRE, ROSITA y ANTONIO

ANT. Aquí nos tienes en comisión.

RAM. ¿Qué comisión es esa? (De mal talante) ¿Y usted también señora?

ROS. Señorita.

RAM. Bueno, no estoy para sandeces.

ROS. Pero qué rudo es el tal Paillerot. Me he unido á éste. (Señalando á Silvestre)

SILV. Que se ha de haber unido usted á mí, señora. (Con viveza)

ROS. Para venir aquí.

RAM. ¿Y habéis remolcado á mi hijo?

ANT. Padre. .

RAM. ¿Y tú también Robustiano?

ROB. Yo soy el Presidente Sr. Ramón. (Con enfasis)

RAM. ¿Pero qué presidencia es esa?

SILV. Quiere usted que se lo explique cantando.

ROB. (Hincándose de rodillas ante Silvestre) No cantes más *La Africana*. (Tarareando *El Duo de la Africana*)

SILV. Ah, pues la cantaré en Villadiego esta noche.

ROB. Ja, ji. Nuestro cometido en esta comisión que presido por el voto libremente republicano del vecindario, es...

RAM. Vamos, pronto...

ROB. Ay, con esa cara que pone usted no es posible.

RAM. Menos rodeos ¿de qué se trata?

ROS. Ay, qué hombres estos más puso y lánimes y más cortos. Lo diré sin pizca de verguenza ni de aprensión. Se trata de sacarle á usté algún dinero.

RAM. ¿Y para qué? ¡Voto á mil truenos y centellas y rayos!

ROS. ¡Ay Jesús! (Santiguándose)

ROB. No era usted tan valiente. El vecindario contribuye con lo que puede á los festejos, y... pues...

RAM. Que el Sr. Ramón cargue con una parte de los gastos, ¿no es esto?

ROB. Justamente. (Aparte) Pero qué perspicacia la de este hombre. (Alto) Ya dije yo que no era usted tan bruto como pensaba.
(Dándose en la boca por haberse ido de la lengua)

RAM. ¿Cómo se entiende?

ROB. ¡Jesucristo! (Apartándose del Sr. Ramón)

RAM. No doy ni un cuarto. Valiera más que me pagase el vecindario cuanto me debe.

SILV. (Aparte) Ya lo creo, te debe estar en la miseria por tus usuras.

RAM. ¿Qué refunfuñas?

SILV. Nada.

ROS. Desairar á una comisión de la que forma parte una bella...

ROB. (Sí, la bella estantigua.)

ROS. Pues sepa usted... (Dirigiéndose al Sr. Ramón)

RAM. Usted si que no sabe de la misa á la media.

ROS. Uy que hombre ¡Dios mío!; mezclar una cosa tan alta con otra tan baja; la media.

RAM. ¿Sabéis lo que os digo? A tí, (A Silvestre) que cantes donde no te oigan; á tí, (A Robustiano) que tengas caridad del estómago de tu des-

venturada parroquia. A tí, (A Antonio) que vayas á probar la barca que hemos de entregar mañana á su dueño; y á usted, (A Rosita) que no salga de casa, no vayan á recluirla en un manicomio de ancianos.

ROS. Insolente.

ROB. Sr. Ramón...

RAM. El parlamento se terminó. Viro en redondo, arreo el aparejo y...

(Vase á su habitación, puerta lateral de la izquierda del actor)

ROB. A tí si que debieran ponerte un aparejo redondo.

ROS. ¡Desairar á una bella!

SILV. Y al arte.

(Vanse todos por la puerta del fondo)

ESCENA VI

EULALIA

EUL. No le faltaba á mi padre más que esta visita para acabarlo de poner de mal temple. Ay, Dios mío, ¿si vendría para acá Juan Pedro y se habrá encontrado con él?

(Se va á la puerta del fondo)

No veo nada. Se alejan por este lado.

(Vuelve á colocarse en primer término)

ESCENA VII

EULALIA y JUAN PEDRO

Música

J. PED. ¡Eulalia! (Entrando por la puerta del fondo)

EUL. ¡Juan Pedro! si viene mi padre.

(Volviéndose rápidamente)

J. PED. De aquí no me iré.
Ya sabes que siempre
te quise yo mucho.
Ya sabes Eulalia
que tú eres mi Dios,
ya sabes Eulalia
que vivo en el mundo

soñando que unidos
vivimos los dos.

EUL. Ya sabes Juan Pedro
que siempre te quise
ya sabes Juan Pedro
que siempre te amé,
sin tí bien soñado
vivir no podría
que tu alma tan solo
por siempre adoré.

J. PED. Sin tí yo no tengo
reposo ni calma,
sin tí yo no aliento,
mi gloria, mi amor
sin tí no luchara
mi prenda adorada
del mar con las olas
y el fiero aquilon.

EUL. Tu amor dueño amado
á todo prefiero.

J. PED. Mi dicha en el múndo
tan sólo eres tú.

EUL. Mas vete Juan Pedro.

J. PED. Estar aquí quiero;
marcharme, ¡imposible!
mi vida eres tú.

EUL. ¡Juan Pedro!

J. PED. ¡Eulalia!

EUL. ¿Por siempre me quieres?

J. PED. El mundo, la gloria
lo tengo yo en tí.

EUL. Son muchas cosas
tanto no quiero
tan solo espero
ser la mujer
que á tí se una
con lazo fuerte
que ni la muerte
pueda romper.
Sólo quisiera
que tú me amaras
de tal manera
que me muriera
loquita al verte,
de ese placer,
pero con muerte

tan chiquitita
que yo despierte
loquita al verte
para morirme
luego otra vez.

J. PED. Yo te lo juro,
tanto te quiero
que sin tí muero;
que tú has de ser
la vida mía
con lazo fuerte
que ni la muerte
pueda romper.
Sólo quisiera
que tú me amaras
de tal manera
que me muriera
loquito al verte
de ese placer
pero con muerte
tan chiquitita
que yo despierte
loquito al verte
para morirme
luego otra vez.

EUL. Sólo quisiera
que tú me amaras.

J. PED. Yo te lo juro,
mucho te quiero.

LOS DOS. Sólo quisiera
que tú me amaras
de tal manera,
que me muriera

EL loquito al verte
ELLA loquita al verte
de ese placer
pero con muerte
tan chiquitita
que yo despierte

EL loquito al verte
ELLA loquita al verte
para morirme
luego otra vez.

J. PED. ¿Me quieres

EUL. Te quiero.

J. PED. ¿Me adoras?

EUL. Te adoro.
LOS DOS. Nuestra vida
será un Eden.

Hablado

EUL. ¿Pero qué intentas?
J. PED. Afrontar la situación, dar la batalla; salvar el escollo.
EUL. ¿Y con qué fuerzas?
J. PED. Con las que me da tu cariño.
EUL. Juan Pedro, vete. No sé qué desventuras, presagio... En nombre del cariño que te profeso, vete.
J. PED. No me hubiera marchado nunca, sin ver á tu padre; con que mira tú si me marcharé ahora, después de haberte tenido á mi lado.
EUL. Qué te importa hallarte separado de mí, Juan Pedro, si voy siempre contigo; si estoy en tí; si ni siquiera en sueños nos separamos.
J. PED. Eulalia, este es mi puesto.
(Señalando el sitio donde se halla)
EUL. Tu puesto es este (Señalando su corazón) y te quieres marchar de él desoyéndome...
J. PED. No, bien mío.
EUL. Alguien se acerca. (Escuchando)
J. PED. (Asomándose á la puerta del fondo) Sí, tu padre.
EUL. La fatalidad nos lo envía. ¡Juan Pedro!...
(Vase por la puerta de la derecha)
J. PED. No temas.

ESCENA VIII

JMAN PEDRO, el SR. RAMÓN y luego EULALIA

J. PED. Señor Ramón...
RAM. ¿Qué te trae á mi casa?
J. PED. Pues mire usted...
RAM. ¡Fuera! no he de escucharte, con que es inútil que me hables.
J. PED. Eulalia...
RAM. Ya te lo habrá dicho Jaime. Mientras yo viva no he de ser para tí; con que ni á mirarla siquiera, ¿escuchas? Te estrellarías ante mí con más facilidad que contra esas

rocas de nuestra costa. Soy más fuerte que ellas. ¡Habráse visto empeño más loco! Osar á la hija de Paillaret. ¿Tú? Vamos hombre, refriégate los ojos; sacude el sueño.

J. PED. Tiene usted razón. Como en sueños me figuré ver á Eulalia al regresar un día de mi tarea, tras una noche sin estrellas; densa la niebla; cerrado el horizonte con el crespón de las nubes que enlutaban el cielo y la contemplé á los primeros rayos del sol naciente, caldeándolos con la luz de sus ojos, hermoseando la playa con el fulgor de su cara y adoré en ella cuanto me faltaba en el mundo; hasta el cariño de mi madre; con que mire usted, mire usted si lo hallé todo en ella.

RAM. Y en calidad de proveedora de amores como pudiera serlo de efectos navales, te apoderástes del corazón de mi hija como el náufrago que se agarra á una tabla de salvación. Pues húndete en el mar, que te quedas sin cable; agárrate á tu barca, vende tu pesca y deja la ajena; no me robes lo mío.

J. PED. ¿Acaso su alma, su alma tan pura y tan hermosa es de usted? ¿Y su corazón tan bueno, tan grande?... No puede ser eso. Su alma y su corazón son míos. Ella es mía, y ha de serlo por siempre, pese á usted y pese al Universo, si el Universo entero se opusiera. Usted será la nave, fuerte por el blindaje del metal, pero yo... yo soy la ola que la envuelve y que se la lleva.

RAM. Vete y no tientes más mi paciencia, porque ciego y...

J. PED. Calma; le juro á usted que será mía.

RAM. Granuja... vete.

J. PED. Lo veremos. (Yéndose por la puerta del fondo)

RAM. Canalla.

(Saca una faca y va á herirle con ella, al mismo tiempo que sale Eulalia y le sujeta el brazo.)

EUL. ¡Jesús! (A Juan Pedro que se vuelve airado) Silencio. Vete.

(Vase Juan Pedro, conteniéndose y mirando á Eulalia. El señor Ramón tira la faca.)

Telón

Cuadro tercero

Calle engalanada á todo foro. En el fondo se ve parte de un entoldado ó salón de baile, con un letrero que dice: «La Vespertina Marisca». De trecho en trecho mástiles con gallardetes y de uno á otro guirnaldas de papeles de colores. En los balcones colgaduras.

ESCENA I

EL MORENET, SINFOROSO y ANASTASIO. Vecinos y vecinas.

Música

MOR. Pocos me ganan en eso
de poner al toro un par
cito, lo igualo, lo alegro
vengan palos, vengan más.
De frente, quebrando, al sesgo
como si no hiciera náá.
Yo solo banderilleo
seis bichos sin respirar,
con todas las de la ley
llegando bien, de verdad;
y no de á cuarta, de á dedo
pongo con sereniá,
banderillas de castigo
al toro que pueda más.
Viva el barrio en que me tuvo
por mi suerte mi mamá.
Viva la Barceloneta
que como es barrio de mar
en todo y en todas partes
tiene á torrentes la sal.

TODOS. Viva el gran banderillero
de tanta celebridad.
Vivan los mozos valientes
que saben de torear.

Hablado

MOR. Ese soy yo mismamente
un torero de chipen
que si al poner banderillas
procura fama y cartel
es para que todos digan
su arrojo en la plaza al ver:
Nació en la Barceloneta
vale y tiene mucho aquel.
El corazón se me ensancha
cuando me gritan: ¡olé!
las mujeres de mi barrio
porque supe dejar bien
ese cachito de gloria
donde vivo y me crié
á donde tengo mis padres;
donde tengo mi querer.
Señores va por ustedes.

SINF. Buena suerte.

MOR. Hasta después.

SINF. Chicos, á aplaudir al Morenet y á sacarlo en hombros.

ANAS. Vamos. (Vanse todos)

ESCENA II

ROBUSTIANO, después TIBURCIO

ROB. Ahora se me va la gente detrás del torero y á mí me dejan en las astas del toro con todo lo que queda por hacer todavía para el adorno de la calle y del entoldado.

TIB. Señor Robustiano.

ROB. ¿Qué ocurre?

TIB. ¿No se ha enterado usted? Pues no es nada que digamos lo que ha ocurrido. Antonio, el hijo de Paillaret, salió con una barca, construída en sus talleres recientemente y cataplun, se cayó de tal suerte al agua, que si no es por Juan Pedro, que andaba por allí con su bote y se tiró al mar y lo sacó, á estas horas estaría en el fondo.

ROB. Ese Juan Pedro vale cualquier cosa. ¡Vaya un hombre de temple!

TIB. Y aun hay más.

ROB. ¿Pero se ahogó á pesar de haberlo salvado?

TIB. No señor.

ROB. ¿Pues entonces qué?

TIB. Que «La Filormónica Marina» no viene á tocar si no le regalan un automóvil.

ROB. Pues que se vaya con su música á otra parte.

TIB. Y tendrá que arreglarse lo del impuesto del entoldado, y lo del gas acetileno, y las bailarinas, y...

ROB. Vaya, vaya; no se puede desempeñar ningún cargo importante. Hace una semana que tengo abandonados mis negocios por el bien de este barrio. Ah, y todavía dirán que se me habrá pegado algo. Pegar; á mí ya no se me pega nada en el mundo... ni las quejas de mis clientes. Vamos á darle la última mano á esa recaudación malhadada.

TIB. ¿Y si falta dinero?

ROB. Pues no faltaba más. Se escota á D.ª Rosita y listo.

TIB. Pues sí que estará bien, escotada con tanto hueso.

ROB. ¿Qué estás ahí diciendo? Vamos, que se hace tarde.

ESCENA III

Dichos, SILVESTRE y luego Coro general

TODOS. ¡Silvestre!

SILV. Sí señores; Silvestre.

ROB. *Ecce cantatorum* que diría el cura de San Miguel.

SILV. El mismo que viste y calza
que aquí por casualidad
regresa vivo aunque el pobre
más muerto que vivo está.

ROS. ¿Pero qué pasa?, Silvestre. (Entrando)
¡Jesús y qué atrocidad! (Al fijarse en él)

SILV. Ay señora...

ROS. Señorita.

SILV. Fuí anoche á debutar (Con tristeza y decaimiento)
al pueblo de Villadiego,
donde no volveré más.
Con letras de azul y oro
me anunciaron y en verdad
de oro y azul me pusieron
como ustedes notarán.
Dijeron en los carteles
que era de Utor el rival
que me llamaba Silvestre
y Salmonete además
y el público dijo nones
y empezaron á rabiar
porque aumentaron los precios
de un modo fenomenal.

(Va entrando el coro y le rodea, escuchando con avidez y mofándose de sus cuitas.)

Salgo; desde el escenario
no sé qué notaba ya
tropiezo con la Africana
que era una moza hasta allá
me caigo, me agarro á ella
y rodamos á la par.

TODOS. (Ja, ja).

SILV. Nos separan, nos levantan
y después ya no ví más.
La orquesta toca enseguida
y yo me pongo á cantar.

(Da un gallo)

Doy veinte gallos y entonces
una enorme cántidad,
de patatas y legumbres
me arrojan con fuerza tal
que al cabo me inutilizan
porque aciertan y me dan.
Los partidarios de Utor
no sabiendo qué tirar
me echan un enorme gato;
hace presa el animal
en mi cara; trato entonces
de impedirlo pero quiá
el gatito, hecha una criba

(Todos le miran la cara y se ríen)

me la deja sin piedad.
Oigo de pronto unos tiros
un accidente me da.

TODOS. (¡Ay!) (Burlescamente)
SILV. Y cuando el conocimiento
pude al cabo recobrar
en un coche de tercera
me encontré sin más ni más,
entre la Guardia Civil
que me deja y que se va;
y aquí estoy porque he venido
sin gloria, sin un real,
ni tener un hueso sano,
ni muelas con que mascar.
(Llevándose la mano á la boca y abriéndola)
ROS. Animo y del percance
ya no te duelas
yo haré que un buen dentista
te ponga muelas.
SILV. Doña Rosa... (Con alegría)
ROS. A mis brazos. (Abriéndole los brazos)
SILV. ¡Qué desvarío! (Resistiéndose)
Tendré dinero... (Transición)
ROS. Vaya.
Tuyo es io mío.
SILV. (Yendo á Italia, estudiando...) (Meditando)
ROB. (A Silvestre al oído) Debes casarte.
(Con arranque trágico y cerrando los ojos y volviendo la cara)
SILV. Ahí va mi mano; todo
sea por el arte. (Le da la mano á D.ª Rosita)
ROS. Te vestiré de nuevo.
¡Yo que creía (Con júbilo)
que á los santos tan solo
vestir podría!
ROB. Casarse doña Rosa (Al oído de D.ª Rosa)
le he aconsejado
y es deuda...
ROS. Bueno, bueno (Dándole un billete)
listo; pagado.
ROB. (¡Mil pesetas de un golpe!
¡ya me salvé!) (Alto)
En las fiestas, señores
me luciré.
A mi tienda; doña Rosita paga el gasto.
ROS. A su establecimiento no, á cualquier otro.
ROB. Los llevaré á la tienda de un amigo y cobraré la comisión. (Vanse todos por la derecha del actor)

ESCENA IV

El SR. RAMÓN, á quien siguen ANTONIO, JAIME y un CALAFATE por la izquierda del actor.

ANT. Sí, padre, con exposición de su vida salvó la mía.

RAM. Ciertamente que me ha devuelto al primer jefe de taller de Barcelona; no hay quien te supere.

ANT. Nada haría sin mi gente.

RAM. Sí, sí; tu gente vale mucho. Son también los mejores operarios de la ciudad.

CAL. Secundamos á Antonio. No hacemos más.

JAI. Me parece que depondrás tu actitud ahora.

ANT. Ah sí; padre, á Juan Pedro lo quiero fraternalmente desde hoy; es preciso que sea mi hermano, ¿qué ha de hacer más para ganar á Eulalia?

RAM. Eso nunca.

JAI. Ramón.,. vas á hacer que me olvide de todo y entonces...

RAM. ¿Otra vez con bravatas? Ya está dicho; no cejo.

ANT. Ni yo tampoco padre mío. No puedo obligarle á usted á nada. Es usted dueño de su voluntad; pero yo lo soy de la mía. Desde este momento dejo de ser jefe de sus talleres y de vivir en su casa.

CAL. Y nosotros también nos vamos. Yo y todos mis compañeros seguimos á Antonio.

JAI. Ahora elige.

RAM. (Me acorralan ¿què hacer?) Dejádmelo pensar

ANT. Ni un instante y para que estéis seguro de ello lo juro por mi honor.

JAI. Que aun puedes quedar bien ¿qué contestas? Juan Pedro se acerca.

(Mirando hacia la izquierda del actor)

ESCENA V

Dichos, JUAN PEDRO, por la izquierda, después EULALIA

JAI. Juan Pedro. (Llamándolo)

J. PED. El señor Ramón...

(Va á irse sin haberse fijado en Antonio)

JAI. No te vayas.

ANT. Juan Pedro... (Yendo hacia Juan Pedro y abrazándolo) Así; tú te absazástes á mí en ios mares para salvarme, yo me abrazo á tí ahora para darte la vida. He pedido para tí la mano de Eulalia y mi padre... (Mirándolo con intención)

RAM. Te entrego á mi hija á cambio del hijo que me has devuelto. Puedes casarte con Eulalia...

J. PED. Ah señor... esa recompensa es superior á mis méritos. (Ramón hace un gesto de indiferencia)

JAI. No es cierto que venza siempre la maldad; ya lo has visto. La bondad triunfa tarde ó temprano. Tenlo presente y sé muy bueno.

J. PED. Procuraré imitarle á usted para conseguirlo.

EUL. (Entra precipitadamente) Antonio, Antonio de mi alma, salvado; salvado de la muerte y por él; ah, padre, padre, dejadme que le muestre á Juan Pedro toda la gratitud de mi alma, aunque luego no lo vea nunca más.

RAM. Se unirá á tí por siempre.

EUL. ¿De veras?

JAI. Anda y dale un abrazo.

EUL. Gracias padre mío, gracias. ¡Qué orgullo siento al estrechar esta mano que ha de conducirme al altar después de haber salvado una vida...

J. PED. ¡Eulalia! (Entra el Coro general)

EUL. Digo; dos vidas, porque sin tí me hubiera muerto yo también.

J. PED. ¡Alma mía!

JAI. Con que á casarse cuanto antes.

ANT. Sí, sí; qué satisfacción siento en ser tu hermano. (Estrechándole la mano á Juan Pedro)

J. PED. (Dirigiéndose á todos) Vaya, señores; os convido á todos á mi boda.

JAI. Y yo también, que si lo consientes seré el padrino. (A Eulalia)

EUL. Con placer inmenso.

J. PED. Sí, sí.

ESCENA ÚLTIMA

Dichos y D.ª ROSITA, acompañada y del brazo de SILVESTRE, TIBURCIO y después ROBUSTIANO y Bailarinas.

ROS. (Dirigiéndose á Eulalia) ¿Con que tú y yo colegas de enlace?
EUL. ¿Usted?
ROS. Me caso con Salmonete.
ROB. (Entrando al frente de las bailarinas) Eh, qué les parece á ustedes este número extraordinario del programa. (Señalando á las bailarinas)
ANAS. De primera.
SINF. Y que mereces que te elijan concejal por treinta mil votos.
TODOS. Elegido.
ROB. Ande el movimiento.
TIB. Eso.
ROB. Y empiecen los festejos y la alegría.

BAILE

(Después del baile, Eulalia dirigiéndose al público)

EUL. Y ya que al fin he vencido
y á puerto pude llegar
será mi bien más cumplido
si oigo un aplauso nutrido
(Señalando á los personages de la obra)
para mi gente de mar.

Telón

NOTAS DEL AUTOR

Al final de la obra se bailó el «Cake-Wallk, pero á voluntad del Director de escena puede cambiarse este baile por otro que se adapte á la índole de la música, vistiéndolo ya con trages de fantasía, ya con los que usan la gente del pueblo de los barrios marítimos.

Los señores que bailaron el «Cake-Wallk», llevaban la cara negra y trage de frach de colores vivos, y sombrero de copa alta y las señoras trages de fantasía vistosos.

Silvestre Salmonete, es un personage completamente bufo. El artista encargado de dicho papel podrá por consiguiente marcar mucho la nota cómica, teniendo la seguridad de que nunca pecará de exagerada por acentuada que resulte.

Debe vestirse en el primer cuadro con americana deteriorada sobre una camiseta interior, pantalón de tela, también en pésimo uso, remangado hasta la rodilla, con las pantorrillas y los pies semejando desnudos, con mallas.

En el segundo cuadro llevárá pantalón de tela, largo, sombrero ordinario flexible y una americana en mejor uso.

En el tercer cuadro irá igual que en el segundo, pero apareciendo con la cara hinchada con bultos y con grandes ojeras y sin sombrero.

La artista encargada del papel de *D.ª Rosita*, artesana rica, vestirá trage de calle, modesto en el primer cuadro y de malísimo gusto con colores chillones y mal combinados; por ejemplo encarnado y verde.

En el segundo cuadro y en el tercero, trage también cursi y exagerado.

Los trages de *Robustiano* y *Tiburcio*, serán así mismo cursis, vistiendo con más lujo en el segundo y tercer cuadro, pero siempre ridículamente.

El Morenet representa un banderillero muy aplaudido.

Robustiano es tendero de ultramarinos y *Tiburcio* su dependiente principal.

Jaime y *Juan Pedro* son pescadores pobres.

Anastasio y *Sinforoso*, tenderos atildados, vistiendo exageradamente.

El *Sr. Ramón* es rico constructor de barcas, ordinario y mal encarado.